



## LA RESISTENCIA Y REBELIONES DE LOS DIAGUITO-CALCHAQUÍ EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

Ana María Lorandi\*

### ADVERTENCIA

Este trabajo es una síntesis de varios capítulos del libro *Los trabajos y las rebeliones*, aún inédito. Por esa causa, ante la necesidad de exponer sucintamente la crónica de los hechos más significativos, hemos evitado abundar en citas, ya que en un artículo de esta naturaleza no hay espacio para completar las afirmaciones, hipótesis y sugerencias con la cantidad necesaria de citas. Las fuentes básicas de nuestra información, además de lo mencionado en la bibliografía, puede encontrarse en otras obras documentales que tratan el tema, publicadas por autores tales como Del Techo, *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*; Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia General de las Indias*; Fernández Pacheco, *Primera y segunda parte de la historia del Perú*; Jaymes Freyre, *El Tucumán Colonial*; Lafone Quevedo, *Londres y Catamarca*; Antonio Larrouy, *Documentos relativos a Nuestra Señora del Valle y de Catamarca*; Roberto Leviller, *Correspondencia de la ciudad de Buenos Aires con los Reyes de España, La Gobernación de Tucumán. Correspondencia de los cabildos en el siglo xvi*; Reginaldo de Lizárraga, *Descripción Colonial*; Manuel Lizondo Borda, diversas series documentales del siglo xvi y xvii; P. Mariño de Lovera, *Crónica del Reino de Chile*; Juan de Matienzo, *El gobierno del Perú*; José Toribio Medina, *Colección de Documentos inéditos para la historia de Chile...*; P. Pastells, *Historia de la Compañía de Jesús...* Del mismo modo, se consultaron *Cartas Anuas de la Compañía de Jesús*, *Relaciones Geográficas de Indias*, y otros repositorios documentales semejantes.

Los documentos inéditos más importantes son los Autos del Proceso de

\*Instituto de Ciencias Antropológicas. Universidad de Buenos Aires.

Bohorquez, Archivo de Indias Charchas 58, cuya copia se encuentra en el Instituto E. Ravignani, de la Universidad de Buenos Aires, y copias de documentos del mismo Archivo, existentes en la Colección García Viñas de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

## INTRODUCCIÓN

El noroeste argentino<sup>1</sup> debe ser observado, desde la perspectiva etnohistórica, como una unidad compleja, cuyo sector septentrional, integrado por la Puna y la quebrada de Humahuaca, se encuentra íntimamente ligado a los procesos andinos centro-meridionales.

El sector centro-sur del N.O.A., por el contrario, si bien no puede ser aislado ni totalmente diferenciado respecto al mundo andino, se presenta con elementos particulares que permiten y exigen una caracterización pormenorizada, a fin de comprender los procesos políticos y sociales que se desarrollan en ese espacio y que pueden dar cuenta de las profundas diferencias que existen actualmente entre esta región y sus vecinos de Bolivia y de Perú. De este sector centro-sur del N.O.A., nos ocuparemos en este trabajo.

Sus ejes geográficos, sociales y culturales se extienden a lo largo de las cadenas montañosas que delimitan valles y pampas intermontanas, que conforman el "área de las sierras pampeanas". Sobre los ejes serranos se practicaba una fluida comunicación norte-sur, aprovechando las tierras altas próximas a las cumbres. La geomorfología permite un fácil acceso desde estas sierras hacia la Puna, y otras cadenas montañosas sirven de ejes sobre los que se estructuran las relaciones entre las pampas y valles internos con las vertientes boscosas y las llanuras del oriente. Es por ello que, analizado desde una perspectiva transversal, también podemos poner en comunicación la Puna con la llanura chaqueña, pasando por la función integradora de los valles y pampas intermontanos.

Este es el marco ecológico donde, en tiempos prehispánicos, habitaban los *diaguitas*, designación genérica que engloba a un variado conjunto de pueblos de habla *kakana* y que compartían, en términos generales, algunas pautas culturales comunes<sup>2</sup>. Naturalmente, en un espacio tan extenso, que compren-

<sup>1</sup>El N.O.A., y la actual provincia de Córdoba integraban la Gobernación o Provincia del "Tucumán, Juríes y Diaguitas". En nuestro texto se la menciona como Tucumán Colonial o "el Tucumán", como expresiones equivalentes.

<sup>2</sup>Para los propósitos de este trabajo podemos identificar los siguientes grupos diaguitas: 1) en el valle Calchaquí, de norte a sur, pulares, paciocas (o calchaquíes), quilmes y yocaviles; 2) en Hualfín y Andalgalá los malfines y andalgalá; 3) en el Campo de Pucará los aconquijas; 4) entre los diaguitas del sur, sólo se menciona en forma específica a los abaucanes, del resto sólo se indica genéricamente diaguitas. En Santiago del Estero y Tucumán encontramos otros grupos indígenas llamados genéricamente "juríes", entre los cuales podremos distinguir a los lules, tonocotés y solcos.

En el texto, los pobladores del valle Calchaquí son mencionados como "los de calchaquí" o los calchaquíes, en todos los casos se usa este término cuando no necesitamos diferenciar a los grupos ya mencionados. Cuando decimos "Valle", nos referimos al Valle Calchaquí.

de las provincias de La Rioja y Catamarca y sectores occidentales de Tucumán y Salta, las diferencias en el grado de complejidad política fueron importantes.

Existen dos grandes valles, el de Hualfín y los llamados Valles Calchaquíes (Calchaquí propiamente dicho al norte y Yocavil o Santa María al sur), donde se encuentran evidencias de mayor desarrollo tecnológico, así como pruebas de la existencia de unidades políticas más amplias y fuertes. En el resto del área, el grado de atomización social se acentúa, aunque en los dos valles mencionados parecen haber existido jefaturas abarcativas que gobernasen de manera permanente el espacio total de cada uno de ellos. Por el contrario, en los valles Calchaquíes, al menos, es dable distinguir en el período colonial, la existencia de varias jefaturas de dominio territorial restringido, pero capaces de confederarse ante eventos críticos, bajo un liderazgo bélico unificado.

Las dificultades para reconstruir la historia social preincaica y los efectos de la incorporación de la zona al Tawantinsuyu, se basan en la naturaleza de la información disponible, que está condicionada a su vez, por la particular historia colonial del noroeste. En el N.O.A. no hubo otro Tumipampa como en Ecuador. No habrá otro Potosí colonial como en Bolivia. Lo primero que debemos aceptar, entonces, es su relativa marginación respecto de los grandes intereses en juego en ambas épocas.

Durante los primeros tiempos coloniales, la importancia del noroeste se reduce a asegurar la ruta que une Lima y Potosí con el Atlántico. Por las causas apuntadas, podemos entender que no existan crónicas pormenorizadas sobre la región, escritas por testigos de la tierra. Tan sólo algunas relaciones, información contenida en las grandes crónicas andinas, usando datos de segunda mano, o bien papeles locales de tipo administrativo o judicial, en los cuales, a veces indirectamente, se ofrece información etnológica fragmentaria. Existen, sin embargo, historias posteriores, como las de los padres jesuitas, Del Techo y Lozano, basadas en los relatos de misioneros, los que constituyen una de las mejores fuentes sobre estos temas.

Para los períodos más tardíos disponemos de mejor información, en especial sobre el siglo xvii. Esto permite visualizar con alto grado de confianza la estructura política de la población en ese siglo. Pero no podemos dejar de señalar que, en este caso, es necesario tratar de inferir el grado de alteración que ejercieron en la región las dominaciones inca y española. Naturalmente, con este marco informativo, nos resulta difícil tener un panorama medianamente claro de la complejidad social y del comportamiento político en tiempos preincaicos, y aun sobre el período imperial. En ambos casos debemos limitarnos a inferencias y sugerencias, confiando que las observaciones recuperadas en papeles más tardíos reflejen perduraciones poco alteradas de los viejos patrones culturales. En estos temas la arqueología tendría mucho más que decir, y en ella deberemos apoyarnos.

## LOS DIAGUITAS Y EL TAWANTINSUYU

En otros trabajos anteriores hemos desarrollado este tema con mayor detalle

(Lorandi, 1985). Por ello, en esta ocasión sólo mencionaremos los resultados de nuestras investigaciones.

La mayor parte de los informes coloniales indican que los diaguitas no tributaban al Inca. No hay tampoco rastros de que la población haya sido organizada dentro de un sistema decimal, base para asegurar el flujo regular de las prestaciones al Estado. Es probable, no obstante, que esta afirmación deba ser matizada. A pesar de la ausencia de precisiones, nos atrevemos a sugerir que debió existir compulsión para el trabajo, pero que éste pudo ser irregular y no siempre fácil de conseguir.

Es probable que las tácticas eludivas, utilizadas por los indios durante las guerras coloniales, hayan sido aprendidas durante la época imperial, es decir, aceptar la dominación y las imposiciones laborales en primera instancia, y huir y dispersarse en una segunda etapa. Es claro que con los incas el resultado pudo ser menos auspicioso que con los españoles. Porque aquéllos instalaron en este territorio innumerables centros administrativos, localizando en ellos a miles de *mitmakuna* provenientes, algunos, de la vertiente oriental de las sierras pampeanas —los indios de Tucumán y la franja occidental de Santiago del Estero— y, otros, llegados desde los Andes Centrales y del Altiplano. Estos *mitmakuna* debieron cumplir las funciones económicas que retaceaban los naturales, pero al mismo tiempo pudieron colaborar con las autoridades del Cuzco para instrumentar su incorporación al sistema estatal. La arqueología ofrece evidencias indudables de la presencia de estos centros, y el origen de los forasteros se infiere por la tipología cerámica que se recupera en esos sitios. (Lorandi, 1983, 1984 y 1985). El jesuita Pedro Lozano (1874) confirma estos últimos datos, sin hacer referencia específica a su fuente de información, pero probablemente se trate de historia oral recuperada por los misioneros que evangelizaron en el valle Calchaquí.

## LOS DIAGUITAS Y EL DOMINIO COLONIAL

Si queremos caracterizar las relaciones indio-blanco en esta región, debemos indicar que todos en los primeros tiempos y los pobladores de Calchaquí hasta mediados del siglo xvii, se destacan por la *resistencia* a su incorporación al mundo colonial.

### *Primera etapa: 1534-1565*

El territorio es reconocido por primera vez por Diego de Almagro en su paso hacia Chile en 1534, y luego en 1543 por Diego de Rojas, parte de cuya tropa, después de su muerte en manos de los juríes, llega hasta Corpus Christi sobre el río Paraná. Ambas “entradas” se caracterizan por los frecuentes combates con los naturales, que desde el comienzo no parecen dispuestos a correr la misma suerte de sus vecinos más septentrionales.

En 1549, llega al Tucumán Juan Núñez de Prado, quien intenta al año siguiente la primera fundación estable, la así llamada “ciudad” de El Barco, en el actual territorio tucumano. De allí debe trasladarla por la intrusión de los

conquistadores de Chile, que pretenden incorporar esta región a la jurisdicción de su capitanía. Por lo tanto, Núñez de Prado instala El Barco en el centro del valle Calchaquí, desde donde es expulsado por los indios, ocho meses después. La reinstala una vez más en Tucumán, pero los de Chile envían esta vez a Francisco de Aguirre, quien lo prende y conduce a Santiago. Aguirre traslada nuevamente El Barco, esta vez a la llanura, rebautizándola como Santiago del Estero (1553).

Las sierras quedan así fuera de la jurisdicción efectiva del dominio colonial y si bien no hay datos precisos, es probable que la expulsión de Núñez de Prado del lugar de la segunda fundación de El Barco, haya sido obra del cacique Juan Calchaquí, el jefe más prestigioso y poderoso del valle, que luego tomará su nombre.

Hacia 1557, las autoridades de Chile envían a Juan Pérez de Zurita con instrucciones precisas para conquistar y colonizar. Mientras tanto los de Santiago del Estero habían pasado épocas muy duras, vistiendo de cabuya, casi sin alimentos y sin asistencia doctrinal. Pérez de Zurita trae refuerzos y se dispone a realizar una obra de mayor envergadura. Funda sucesivamente Córdoba de Calchaquí en el valle homónimo, Londres al sur del valle de Hualfín y Cañete en Tucumán.

Juan Calchaquí organiza la expulsión de los intrusos. Córdoba es arrasada, Londres abandonada tras el asedio y Cañete también, por precaución ante la invasión eminente. Todos sus pobladores se refugian nuevamente en Santiago del Estero. En 1563, treinta años después de la entrada de Pizarro al Cuzco, este territorio resistía sin pausa al invasor. Sólo Santiago quedaba en pie, constituyendo el único lazo en la tan anhelada ruta, ruta por lo demás peligrosa para transitar. Las poblaciones de llanura, sin embargo, fueron paulatinamente incorporadas al dominio colonial. Relativamente fragmentadas políticamente, con un sistema productivo mixto de caza-recolección y horticultura, debieron aceptar formas tributarias de servicio personal, ya que la carencia de excedentes no hacía posible el establecimiento de encomiendas bajo la reglamentación vigente.

Estos sucesos señalan, por lo tanto, la principal característica regional en ese período: a pesar de la multiplicación de unidades étnicas y de la carencia de poder político unificado y permanente o, tal vez, por esta misma razón, es evidente que los indios persisten en su voluntad de resistir con el propósito de preservar su autonomía, y evitar cumplir con las prestaciones que se les pretende exigir. Discutiremos más adelante los aspectos teóricos que facilitan la comprensión de este proceso. No obstante, es imprescindible destacarlo desde ya. Sólo parece existir una zona con capacidad de negociar su condición de "indios amigos" y es la ocupada por poblaciones del ecotono entre la sierra y la llanura chaqueña propiamente dicha; tal vez los mismos que sirvieron como *mitmakuna* a los incas más de un siglo atrás, y que habían aprendido a circular entre los vericuetos de las relaciones entre estado y comunidad. De todos modos, no parecen haber obtenido ventajas visibles por su conducta negociadora. Es más, el traslado de El Barco y su reinstalación como Santiago del

Esterro, indica que el primer intento de negociar una alianza pudo tener las consecuencias esperadas, con respecto a privilegios especiales, legítimamente esperados, según lo indicaba su experiencia anterior. Es por ello que, más tarde, la situación de Cañete, ubicada en las proximidades de la primera y tercera fundación de El Barco, fuera tan insegura y por eso se decidió su abandono.

Muy distinta, en los primeros tiempos, fueron las ventajas obtenidas por los “indios amigos” del Perú. En muchos casos se eximieron de la mita y de tributos. En otros, sus encomenderos, débiles al principio y necesitados del apoyo de los curacas poderosos, beneficiaron a éstos a cambio de un flujo regular de bienes y servicios (Stern, 1982, *passim*). Estos ejemplos aportan una prueba más del distinto grado de inserción en el sistema estatal (de socialización preincaica inclusive) y que permitía el juego negociador. Facilitó también la oportunidad de que los curacas, las élites locales y en general la población, implementaran estrategias para incorporarse al sistema mercantil traído por los europeos. Aun cuando, como bien lo expresa Steve Stern, “los indios abrazaron la entrada del capital comercial en el escenario andino, y no descubrirán hasta más tarde que era el abrazo de la muerte” (Op. cit.: 77).

En nuestra región conjugan dos variantes singulares e íntimamente vinculadas entre sí, que explican las diferencias que queremos señalar: hábitos culturales distintos, donde no había lugar para intentar estrategias adaptativas a las condiciones impuestas por la nueva sociedad dominante y, por el otro lado, la evidente voluntad de preservar la autonomía en la toma de decisiones políticas y en la prosecución de objetivos vitales de la sociedad.

#### *La colonización: 1565-1630*

En 1565, se reinicia el camino hacia la sierra. Se fundan San Miguel de Tucumán, en la zona de Ibatín (en el ecotono del que hablamos anteriormente)<sup>3</sup> y Nuestra Señora de Talavera sobre el río Salado en camino hacia el valle de Salta. Mientras tanto, se intentan “entradas” y fundaciones en el valle Calchaquí que terminan todas en sucesivos fracasos.

En la década del 70, el Virrey Toledo trata de impulsar la colonización de la gobernación, Gerónimo Luis de Cabrera funda la ciudad de Córdoba en su emplazamiento actual en 1573, que constituye el primer jalón efectivo, fuera del noroeste, para consolidar la ruta hacia el Atlántico.

Otros gobernadores tratarán de implantar, sin éxito, nuevas fundaciones. Nieva, en Jujuy y San Clemente, el Calchaquí, por varias veces. Una a una éstas deben ser abandonadas ante la resistencia de los naturales. Los reveses más duros los sufre el Gobernador Gonzalo de Abreu de manos de los calchaquíes, que logran matar 23 españoles instalados en el fuerte de San Clemente, en el corazón del valle. El fuerte, trasladado al valle de Salta, sólo permanece allí 8

<sup>3</sup>Ibatín fue fundada sobre la sierra del Aconquija, más arriba y al oeste con respecto a su ubicación actual.

días. El feroz ataque de los indios los obliga nuevamente a retirarse hacia San Miguel.

Finalmente, recién en 1582, Hernando de Lerma funda la ciudad que llevará su nombre en el valle de Salta, quedando ésta definitivamente establecida. Es durante el gobierno de Juan Ramírez de Velasco que la conquista alcanza sus límites máximos, con excepción del valle Calchaquí y la colonización comienza a tomar formas más regulares y efectivas.

Las prácticas políticas que inaugura tienden a normalizar la vida local, mediatizando en las relaciones entre indios y españoles y entre estos últimos entre sí. En este trabajo no podemos detenernos en su obra de Gobierno, simplemente queremos señalar que con las fundaciones de La Rioja en 1591, Nueva Madrid en las puertas del valle de Salta en 1592 y San Salvador de Jujuy en 1593, Ramírez de Velasco dejará sentadas las bases definitivas de la ocupación hispánica en el Tucumán. En la quebrada de Humahuaca se logra desarticular la última gran rebelión en ese sector, apresando a Viltipoco que era su líder. En Calchaquí, en cambio, sólo se consigue una falsa paz. El Gobernador amenaza y obtiene promesas de sumisión que no se cumplen en definitiva, y el nuevo siglo no lo verá realmente pacificado ni obtendrá que las poblaciones de esa valle tan fértil y estratégico sirvan a los intereses españoles.

Durante las tres primeras décadas del siglo XVII, la apropiación del territorio y la sumisión de los indios se acrecienta en torno a las nuevas ciudades. Las encomiendas, otorgadas a los españoles, instalaron un modelo económico basado en el servicio personal que, habiendo sido legalizado por las Ordenanzas del Gobernador Abreu de 1576, fueron luego revisadas y abolidas en los papeles por el Oidor Francisco de Alfaro en 1612. Decimos que sólo queda en los papeles, porque si bien la situación de los indios mejora un tanto después de su visita, en la práctica el servicio personal no desaparece. Es más, el trabajo en las propiedades y manufacturas de los encomenderos adquiere progresivamente mayor amplitud, a medida que pierden, no sólo su autonomía política, sino también sus tierras de labranzas y pasturas. Los efectos de la política irracional golpeó finalmente a los colonos con un gran descenso demográfico que afectó el éxito de las empresas agropecuarias que constituían el recurso fundamental de la región; hasta tal punto que más adelante se vieron obligados a incorporar esclavos negros en sus establecimientos.

Para cumplir con las mitas a los encomenderos, los indios debían pasar largos meses fuera de sus hogares, en la ciudad o en las estancias alejadas de sus pueblos. Pero, el peor de todos los males fue el duro trabajo al que fueron sometidas las mujeres. Obligadas a hilar y tejer para el encomendero, sus administradores y pobleros, debieron abandonar la atención de sus hogares y de sus hijos, estuvieron incapacitadas para reemplazar a sus hombres en las tareas rurales cuando éstos estaban fuera de sus pueblos y sufrieron así el mayor peso de la carga tributaria impuesta a la comunidad. Esta situación hace crisis hacia 1630.

*El gran alzamiento: 1630-1643*

El valle Calchaquí continuaba obstinadamente en su rebeldía y en su "idolatría, que ellos llaman libertad dichosa". El resto soportaba, en cambio, una opresión creciente. Un español de apellido Urbina, que trata de explotar unas minas recién descubiertas en el valle Calchaquí, es asesinado por los indios. En 1631, el gobernador Felipe de Albornoz organiza una campaña para reprimir el alzamiento y castigar a los culpables del asesinato. En sucesivos combates el Gobernador inflige un duro castigo a los sectores más comprometidos del centro del Valle, ayudado por los indios pulares que, actuando como "indios amigos", tratan tal vez de vengar viejos agravios interétnicos.

No obstante, esta campaña "pacificadora" tiene éxito muy relativo. La derrota de algunos no implica necesariamente la de todos. El sur del Valle permanece "alzado" y aún más, se confedera con los pobladores de Aconquija, de Andalgalá y de Hualfín que inician una rebelión general, comandada por Chalimin, cacique malfín de Andalgalá.

Al año siguiente, los rebeldes asedian la ciudad de Londres (que había sido refundada) y obligan a los vecinos a abandonarla, La Rioja fue sitiada e incendiada en dos ocasiones. Todos los valles del centro y sur de Catamarca y del norte de La Rioja están en armas en ese momento. Hacia 1633 la situación era tan grave que aun el comandante del área sur de la guerra, Gerónimo Luis de Cabrera, nieto del fundador de Córdoba, abandona el teatro de operación y se retira a esta última ciudad.

Los colonos están sumidos en la desesperanza y la anarquía. En Calchaquí se instala un fuerte con 118 soldados que permanece siempre asediado y con suerte insegura. En sucesivas campañas el Gobernador logra evitar un desastre total en el valle e impone duros castigos a los insurrectos. Pero amplios sectores de población, los que habitan en el llamado valle Yocavil, continúan victoriosos. Una tercera campaña de Albornoz a Calchaquí inflige derrotas a los paciocas de Tolombón y en 1637, en el centro de Catamarca, Chalimín es apresado y ejecutado, siendo descuartizado por cuatro caballos, como lo será más tarde Tupac Amaru en el Alto Perú.

"...y haciendo cuartos en su propio pueblo y horca y clavó su cabeza en el rollo de la ciudad de La Rioja y en el de ésta [Londres] así mismo mandó clavar su brazo derecho para escarmiento y ejemplo de otros..." (Información de Servicios de Ramírez de Contreras. En Montes, 1959: 141).

Sin embargo, la rebelión no ha sido totalmente sofocada. Los ataques a haciendas y poblados continúan y los demás se refugian obstinadamente en sus cerros, sin bajar a servir a sus encomenderos. En 1642 se reaviva el peligro de otro ataque generalizado. El nuevo comandante de la zona sur, el capitán Francisco de Nieva y Castilla tiene que enfrentar graves dificultades para controlar la situación. La despoblación de la región es tal, que sólo logra reunir 12 soldados y 100 "indios amigos", de los cuales desconfía. Los vecinos de

Córdoba se resisten a participar de una guerra que parece perdida y sólo aceptan algunos, atraídos por la promesa de que se les repartirán "piezas capturadas" en la guerra para destinarlas a su servicio personal.

Finalmente, este comandante consigue capturar a los últimos rebeldes, en 1643. La consecuencia más dramática para los que sobreviven fue la desnaturalización: 400 malfines y abaucanes fueron llevados a Córdoba, fuera de su tierra natal. Habían muerto 150 españoles en la guerra y, por cierto, un número ignorado de indios. De todos modos la situación es catastrófica para la región, ya sea del lado español como del nativo. Toda la economía se verá muy alterada y la sensación de desasosiego social será muy difícil de revertir.

### *La rebelión del falso inca Pedro Bohorquez: 1656-1665*

Poco sabemos sobre la situación del valle Calchaquí durante los 12 años subsiguientes. En 1656 hace su entrada un aventurero español, llamado Pedro Bohorquez quien, ocultando a los indios su verdadera identidad, se hace pasar por un descendiente de la casa real del Cuzco.

El gobernador del Tucumán por esa época era don Alonso de Mercado y Villacorta, quien con Bohorquez serán los dos personajes centrales de esta historia. Veamos sucintamente el decurso de los hechos. Bohorquez, ex convicto en el presidio de Valdivia en Chile, es en realidad un alucinado que pretende hacerse de un señorío propio. Quiere apoyarse en la conocida resistencia de los de Calchaquí para lograr su alocado propósito. Los de Calchaquí, a su vez, sin líder a la vista en ese momento, lo utilizarán para sostenerse, ante la certeza de que la libertad de que gozaban imponía un desafío insoportable a los europeos. Por otra parte, entre los colonos y el gobernador intentan sacar provecho de la presencia de Bohorquez entre los indios. En suma, todos quieren usarse entre sí, y aunque todos pretenden encadenar alianzas, nadie confía en realidad, en nadie. En medio de todos ellos, los jesuitas de las dos misiones de Calchaquí que, ansiosos de lograr éxito en su evangelización y también por qué no, de enriquecerse con las promesas de Bohorquez, entran en la compleja intriga de la época.

Pedro Bohorquez se instala entre los paciocas de Calchaquí y mediante matrimonios con hijas de diversos caciques del Valle y sucesivos engaños, trata de convencerlos de su identidad imperial y de reiniciar una campaña general de expulsión de los conquistadores del territorio del Tucumán.

A su vez, negocia con las autoridades españolas. Promete al ambicioso Gobernador que arrancará a los indios los secretos sobre sus minas y tesoros, supuestamente ocultos con celo hasta el momento. La estrategia que pergeña Mercado y Villacorta es, entonces, la siguiente: descubrir primero las minas y tesoros y luego expulsar a Bohorquez y tratar finalmente de conquistar el Valle.

Para concretar esta estrategia se organiza un encuentro entre el falso Inca y el Gobernador en un pequeño poblado del Centro de Catamarca, llamado Pomán. Allí acude el intruso con un gran séquito de caciques e indios. Se realizaron misas y fiestas mientras se deliberaba sobre la mejor política a

seguir<sup>4</sup>. Como resultado de los extensos cónclaves entre Bohorquez, los vecinos y el Gobernador, el primero obtiene el reconocimiento de dos títulos muy singulares. Por uno de ellos se le concede el derecho a disfrutar del título de Inca y se le permite el uso de las insignias correspondientes. Por el otro, se le otorga el título de Capitán General y Justicia Mayor, con expresas instrucciones de promover la evangelización, enviar indios de mita a las ciudades y descubrir las riquezas del Valle.

Cuando Pedro Bohorquez regresa no cumple con ninguno de estos mandatos. Es más, secretamente realiza un segundo viaje a Catamarca con el propósito de atraer más indios al Valle y conseguir más aliados para iniciar un ataque masivo contra las instalaciones europeas. En realidad obtiene un éxito relativo, pues sólo lo sigue un mestizo llamado Luis Enríquez con un grupo de indios bajo su mando. Los de Calchaquí, a su vez, tampoco aceptan el plan de atacar las ciudades.

Naturalmente, los españoles tienen noticias de estos planes y comprenden el error de la estrategia pergeñada en Pomán. Mercado y Villacorta, presionado por el Obispo Maldonado y por las autoridades de Lima, decide atacar Calchaquí. En un combate en la frontera salteña de Calchaquí, Pedro Bohorquez fue derrotado. Después de algunas negociaciones, acepta salir del Valle. Prisionero de don Juan de Retuerta, de cuyas manos había escapado cuando estaba en el presidio de Valdivia, es enviado a Lima, donde será ejecutado años después.

Aun así, la resistencia de los del valle Calchaquí no termina con este episodio. Mercado y Villacorta deberá vencerlos uno a uno, en dos duras y largas campañas. Durante la primera, en 1659, derrota y desnaturaliza desde Chicoaña (La Paya, actualmente), ubicada en el área de los pulares, al norte, hasta los paciocas de Tolombón y Colalao en el sector central. Cuando arremete contra los de Quilmes, pierde 10 hombres, derrota muy dura que lo obliga a retirarse y a dejar a éstos y a sus vecinos del sur, los yocaviles, en su preciada libertad.

Obligado a abandonar la Gobernación y trasladado a Buenos Aires, vuelve en 1664, retoma el cargo y la iniciativa de la guerra. Es entonces cuando vence finalmente a los quilmes y a los yocaviles, enviando a los primeros hasta el puerto de Buenos Aires, como castigo mayor por su terca resistencia. Prácticamente, todos los indios del Valle fueron masivamente desnaturalizados. Algunos a Jujuy, otros a las proximidades de San Miguel de Tucumán, otros a Salta, Catamarca, La Rioja; incluso a Santa Fe. Los yocaviles y otros grupos menores fueron entregados en un máximo de 2 a 5 familias por encomendero, obligados a residir en las estancia y chacras, o agregados con restos de otras encomiendas antiguas en ya franca decadencia demográfica. Todo ello configura un cuadro de desestructuración totalmente dramática. En cada caso, los así arrancados de

<sup>4</sup>La información sobre el episodio Bohorquez se encuentra contenida en dos documentos fundamentales, a saber: los Autos del Proceso a Bohorquez, proveniente del Archivo de Sevilla, cuyas copias se encuentran en la Biblioteca del Instituto Ravignani, Fac. Filos. y Letras, Univ. de Buenos Aires y la Carta del Padre Torreblanca, cuya copia se encuentra en el Archivo Histórico de Río de Janeiro, y publicado con modificaciones literarias por Teresa Piossek Prebisch, 1984.

sus tierras y hogares estuvieron obligados a reconstruir artificialmente sus relaciones sociales, encontrar formas de articularse compulsivamente con la sociedad dominante y aceptar en condiciones de extrema penuria y subordinación las formas de trabajo que se les imponían. La ruptura de la comunidad, y de las formas culturales asociadas, es total. Sólo les queda el destino individual, disponiendo de códigos adaptativos muy restringidos, tan sólo útiles para refugiarse bajo el paraguas protector de un patronazgo que los empleará como mano de obra gratuita. En pocos casos conservan capacidad para obtener, por sus propios medios, los recursos de subsistencia. En las situaciones más dramáticas deberán ser alimentados por los encomenderos o, cuando más, asalariados de sus patrones. Por lo tanto, producción y reproducción social salen de la esfera del control comunitario para trasladarse a la del encomendero o hacendado. En estas condiciones, como peón rural, agregados, o a lo sumo arrendatarios, llegarán al siglo XVIII la mayoría de ellos. Unas pocas comunidades persistirán en su condición de "tributarios" hasta la época independiente. De todos modos, sobre esta base no se puede pensar en la formación de un verdadero campesino, a lo sumo formas subordinadas de trabajo rural.

#### CONDICIONAMIENTOS Y CARACTERÍSTICAS DE LA RESISTENCIA CALCHAQUÍ

De acuerdo con los efectos que causa en las poblaciones aborígenes el sistema de dominio instaurado por la Corona en América, y en especial por el servicio personal en el Tucumán, podemos comprender que el éxito de la resistencia activa en el valle Calchaquí consistió justamente en que fue un pueblo que entendió que con estos nuevos invasores la pérdida del poder político arrastraba también la capacidad de autogestión en todos los planos de la vida comunitaria e individual.

Es por ello que parece útil definir el problema de las rebeliones partiendo de una neta diferenciación entre *resistencia* y *rebelión*. Basándonos en lo expresado anteriormente, definiremos la *resistencia* como la capacidad para organizar el rechazo de las fuerzas invasoras durante lapsos muy prolongados y evitar de este modo que se cercene el nivel de poder político y el control sobre las normas sociales que disfrutaban anteriormente.

Es evidente que el "caso calchaquí" ofrece un ejemplo singular en el contexto de las áreas desarrolladas, aun cuando fuera en sí misma marginal a los grandes centros nucleares. Por lo tanto, una resistencia de más de 120 años implica la existencia previa de una *conciencia autónoma*, y al mismo tiempo la *capacidad para organizar su preservación*. Se defendía, de esta manera, la posibilidad de continuar, sin interferencias extrañas, el juego de las alternativas de poder entre las distintas unidades políticas del valle.

Antes de continuar con este punto, parece necesario insistir en el hecho de que la mera resistencia al invasor no es suficiente para clasificarlo dentro de esta categoría. El punto crítico o de inflexión se encuentra en la capacidad para organizar la defensa de la autonomía política y preservarla para que la disfruten varias generaciones en los tiempos por venir. Visto desde este ángulo, la acción

pionera de Juan Calchaquí impulsó una resistencia que conservó la libertad de los calchaquíes, al menos por tres generaciones después de su muerte.

Sin disminuir la significación de su liderazgo, es evidente que esta conciencia autónoma era compartida por todos los grupos, a pesar de que cada uno era una unidad por sí misma, y a pesar de sus conflictos interétnicos, Juan Calchaquí demostró poseer una buena experiencia en los manejos del poder. En una ocasión fue apresado y negoció su libertad<sup>5</sup>. En otra se apresó a una hija suya y también logró su liberación. Más adelante un hijo fue llevado a San Miguel por el Gobernador Ramírez de Velasco, para educarlo en las normas hispánicas, y no se consiguió el fin deseado. Hasta Leviller duda del éxito de tal medida<sup>6</sup>. Esta especial ductilidad negociadora no fue privativa de este líder. Las promesas de paz, seguidas del abandono de sus asientos habituales para refugiarse en los pisos más altos de las sierras, fue un accionar repetitivo y que tuvo éxito durante más de un siglo.

Uno de los resultados de la resistencia y de la preservación de la autonomía política, es que los grupos de Calchaquí continuaron sus juegos de poder. Algo casi imposible, o totalmente limitado, entre grupos incorporados efectivamente a la Corona de España. Todas las fuentes destacan los conflictos y rivalidades entre los distintos grupos del valle. Los más notables eran los que se entablaban entre originarios y una serie de grupos forasteros traídos por los incas o llegados en la época colonial buscando refugio entre los más resistentes<sup>7</sup>. Tenemos datos concretos de que las relaciones que se entablan entre los recién llegados y los originarios era la de subordinación de los primeros. Las condiciones pactadas no debieron ser siempre muy favorables, ya que los conflictos por el acceso a tierras terminaban generalmente en rivalidades prolongadas. La posibilidad de tener pueblos adscriptos en condiciones de tributarios internos era un privilegio que favorecía las apetencias hegemónicas de algunos jefes. De allí que, ante las entradas de los españoles, muchos de ellos actuaran como “indios amigos”, para vengar viejos agravios.

En el caso de la traición de los pulares, podría buscarse también otra razón adicional. Aparentemente fueron también buenos aliados de los incas, y como tales pudieron aprender los códigos de relaciones con una sociedad mayor. Desde temprano comienzan a servir a los españoles de Salta, aunque en forma irregular. Si bien durante las guerras tienen actitudes muy ambiguas<sup>8</sup>, la ayuda que brindan al Gobernador Albornoz en sus campañas de la década del 30 fueron decisivas en la derrota de los rebeldes. Entre los pulares podemos identificar una actitud negociadora, pero no para burlar al invasor, como lo hiciera Juan Calchaquí, sino para lograr condiciones de subordinación menos opresivas. Ventajas que ya habrían podido disfrutar en tiempos incaicos. Esta experiencia los impulsa a tratar de explorar las intenciones del nuevo domina-

<sup>5</sup>Lozano, 1874: 188.

<sup>6</sup>Leviller, 1926.

<sup>7</sup>Lorandi y Boixadós, 1987.

<sup>8</sup>Montes, 1959. Cartas del Gobernador Albornoz, en Larrouy, 1923.

dor. Pero lo cierto es que se encuentran habitando un espacio ideológico donde no hay lugar para este tipo de tratos, y la revancha de los calchaquíes no se hace esperar. Por lo tanto, la consolidación de la conciencia común no se logró solamente buscando el consenso libremente ofrecido, sino recurriendo a la elocuencia del castigo<sup>9</sup>.

En el caso de las poblaciones del valle Calchaquí, conjugaron una serie de factores que favorecieron que el objetivo de conservar el poder pudiese ser sostenido en alto: 1) unidades políticas medianas (9, 10, 11 ó 12 pueblos; 13 "parcialidades" en el caso de los quilmes), con jefaturas fuertes y estables; 2) experiencia competitiva entre unidades o grupos étnicos; 3) capacidad de confederarse ante riesgos comunes; 4) experiencia en la resistencia activa y pasiva ante el dominio inca, que logró imponerse sólo recurriendo a la implantación de fuertes contingentes de *mitmakuna*, con los cuales también compitieron, dado el caso de que muchos de ellos hayan permanecido en los asientos asignados por el Cuzco.

La previa experiencia incaica, una vez más, ayuda a explicar la construcción de la voluntad de conservar la autonomía. Tanto el sistema español, como el incaico, compartían pautas semejantes de explotación económica, exigiendo prestaciones en trabajo que eran equiparables. Y ya los habitantes del Valle habían conocido sus efectos, así como también sus consecuencias en la esfera de lo social y de lo político. La dominación inca, como la española, penetraba el tejido social, controlando los desplazamientos individuales y dejando su impronta en la composición de la comunidad y de la familia a causa de las prestaciones a grandes distancias, o por el desgajamiento de sus legítimas relaciones ancestrales (yanas).

La lucidez de los calchaquíes consistió en evitar que la experiencia se repitiese. Es por ello que Juan Calchaquí elimina no sólo a Córdoba de Calchaquí, instalada en el corazón de su propio territorio, sino también a Londres y a Cañete que cercaban sus fronteras por el sur y por el este. No pudo aniquilar, en cambio, el único asiento hispano que quedaba en pie en 1563: la ciudad de Santiago del Estero. Esta ciudad sería luego el semillero humano y económico de la próxima etapa de fundaciones y de opresión. No obstante, esta época es difícil para las pretensiones de la Corona. La década de 1560-70 será de gran conmoción en todo el Virreinato. El estado neoinca de Vilcabamba se afirma y amenaza las regiones ya incorporadas. Se teme una alianza con los calchaquíes que encierre a los españoles en un amplio arco insurrecto, utilizando como enlace a los chiriguanos, que asolaban el Alto Perú. Esta alianza, en realidad, nunca se concreta, y en cada región los indios buscarán soluciones puntuales para tratar de expulsar al invasor<sup>10</sup>.

## LA REBELIÓN DE LOS OPRIMIDOS

En la última década del siglo XVI y XVII, los españoles irán estrechando su cerco

<sup>9</sup>Montes, 1959. Cartas del Gobernador Albornoz, en Larrouy, 1923.

<sup>10</sup>Carta de la Audiencia de Charcas, 1563. En: Leviller, 1918, a: 135.

por medio de instalaciones agrícolas y ganaderas, penetrando todos los intersticios espaciales del Tucumán, con excepción del valle Calchaquí. Esta circunstancia impuso a sus habitantes un límite antes inexistente: impedía la expansión de los pueblos del valle más allá de sus fronteras, ya sea con intención de conquista, ya por intereses económicos, tratando de conservar o reconstruir el control "vertical" de distintos pisos ecológicos. Esto último pudo verse afectado, a su vez, por la caída demográfica general. Se podía detener a las fuerzas invasoras, pero las enfermedades atraviesan las barreras que detienen a los hombres. Ya no debía ser fácil sostener colonias fuera del territorio central. Por lo demás, las colonias, si existieron, se habían visto agredidas por la compulsión al trabajo ejercida desde las ciudades que formaban el "cinturón" hispano de la región. De allí que en los papeles coloniales se mencionen a diaguitas que servían a Santiago, Tucumán o Esteco, desde épocas muy tempranas. De allí también que, repetidamente, se utilice el término "rebelión", ya que es probable que estos posibles *mitmakuna* étnicos hayan tratado de escapar de sus obligaciones tributarias y huido a sus pueblos de origen dentro del valle. Éste se transforma así en una zona de refugio para indios que en algún momento fueron *efectivamente* encomendados (siendo que el resto, que habitaba cotidianamente en el interior del Valle, habían sido encomendados, pero no cumplían con las prestaciones a las que teóricamente estaban obligados).

Por todas estas razones (entre otras las "entradas" para "cazar" indios, que fueron frecuentes en esta época)<sup>11</sup>, la política de los pueblos del Valle se torna cada vez más defensiva que agresiva. En las décadas anteriores habían conservado su objetivo de recuperar la totalidad del área. Es así que habían atacado a San Miguel en 1578, destruido San Clemente, que el Gobernador Gonzalo de Abreu había instalado en las proximidades de San Carlos e impedido durante bastante tiempo la fundación de Salta, entre otras acciones. Del mismo modo, se mostraron dispuestos a aceptar la convocatoria de Viltipoco, el líder de Huamahuaca, poco después de la fundación de Jujuy en 1593. Pero Viltipoco fue apresado rápidamente y mostró menor capacidad de maniobra que Juan Calchaquí en su momento. Por lo demás, aunque San Miguel fue incendiada, su población se salva y reinstala en el mismo sitio. Si tratamos de entender el proceso descrito desde una perspectiva teórica, veríamos que la *lucha por el poder y la forma en que se llevaron a cabo los objetivos colectivos por parte de los calchaquíes*, fueron adaptándose a las circunstancias coloniales de cada período<sup>12</sup>. Es evidente que hacia fines del siglo XVI, sobrevive el objetivo de conservar el poder interno, pero fracasa el de alejar al enemigo de la frontera acechante y del resto de la región.

Es sí que, en 1630, la rebelión se genera entre los pueblos oprimidos, quienes recibirán ayuda de los que resisten dentro del Valle, pero ya no serán éstos los que tomen la iniciativa de atacar las ciudades y haciendas de los españoles.

<sup>11</sup>Nos referimos a las numerosas entradas en la época de Abreu, Lerma y Ramírez de Velasco. Ver Probanzas de Méritos y Servicios. En: Leviller, 1919-20.

<sup>12</sup>Antropología política, teoría procesualista. En: Lewellen, 1985: 93.

Una rebelión debe ser diferenciada de lo que hemos definido como “resistencia activa organizada por lapsos prolongados. En primer lugar, *una rebelión surge en una sociedad previamente sometida*”. El objetivo general puede sacudir el yugo que los oprime y recuperar el poder de autogestión. Pero también hay rebeliones que apuntan a reformar las condiciones de subordinación, aligerando las cargas que pesan sobre la población, pero que no pretenden (por múltiples razones propias de cada caso), recuperar la libertad total. La diferencia sustancial entre un pueblo que resiste en el sentido que le hemos atribuido, y otro que se rebela, es que en estos últimos la conciencia autónoma y la capacidad de organizarse para defenderla no conjugaron adecuadamente en su momento y, por esa causa, sucumbieron ante los embates de un conquistador.

La rebelión, por lo tanto, implica una *reafirmación retrasada de la conciencia colectiva de autonomía, a tal punto que su fuerza empuja a los hombres a organizarse para una lucha que puede tener distintos objetivos: la recuperación del poder total, reconquistar algún margen en su capacidad de decisión, o bien, más simplemente, disminuir o aligerar la opresión*. Muchos de los motines del siglo XVIII en América responden a este último propósito, en tanto que la gran rebelión de Tupac Amaru pretende apoderarse del sistema colonial trasladando su control efectivo e ideológico a los descendientes supuestamente legítimos de los incas (Szeminski, 1984).

Sabemos muy poco sobre los objetivos de la rebelión diaguita de 1630, cuando “toda la tierra estaba en llamas”. Sin duda merece una investigación más a fondo respecto a este punto. Lo cierto es que comunidad tras comunidad se aliaron para expulsar a los españoles de todo el territorio o bien para obtener el perdido control político a nivel de la comunidad, pero aceptando ciertos cambios que se habían producido en el contexto colonial.

La organización del levantamiento muestra, sin embargo, dos puntos débiles. Uno de ellos estuvo en el frente que no acudió al llamado de los insurrectos y ese fue el antiguo país de los “juríes”, el verdadero Tucumán prehispánico (es decir, Santiago del Estero y Tucumán actuales; Lorandi, 1980). Estos mismos juríes, cuyos antepasados actuaron como aliados de los incas para someter a los diaguitas. La ausencia de respuesta positiva pudo responder a una razón histórica, como la que mencionamos, o bien, porque esta zona estaba más densamente poblada y controlada por el invasor. Y ese fue el refugio de los colonos que abandonaron Catamarca y La Rioja, y base para el reabastecimiento de soldados e “indios amigos”, lo que permitió, finalmente, que la sublevación fuera dominada.

El otro punto débil fueron los pulares que negociaron con los españoles. Les ayudaron a combatir a los calchaquíes a cambio de librarse del tributo. Pero este premio tuvo vigencia limitada, ya que al poco tiempo sus obligaciones fueron reestablecidas. Tanto es así que, para protegerlos de las represalias, los habían trasladado al valle de Salta, pero hacia 1638, ante las exigencias del encomendero, comenzaron a regresar al valle.

La rebelión tuvo su inicio en algunas comunidades más fuertes y menos

afectadas de desestructuración política, como la de Hualfín y Andalgalá, encabezadas por su jefe Chalimín. Eran pueblos que conservaban todavía en su puesto a los jefes étnicos, que disfrutaban de un poder legítimo, emanado de las normas vigentes en el propio grupo. A pesar de eso habían sufrido los efectos de la desmembración por causa de los encomenderos y, además, partes no mensurables de algunos grupos comunitarios habían huido ya hacia el valle Calchaquí, en busca de un refugio más seguro. Por otra parte, la carga laboral resultaba insoportable. En el período de pleno auge de Potosí, el negocio de la producción de tejidos era el único rentable en nuestra región. Las mujeres eran las víctimas más calificadas de estos abusos. Los pobleros encargados de controlar el trabajo femenino habían cometido atrocidades de todo tipo, lo que provocó no pocas intervenciones de las mismas autoridades hispanas (Rodríguez Molas, 1985).

Desde la perspectiva de los colonos, el desastre parecía inminente. El peligro fue tan grande y prolongado que explica que el castigo infligido haya sido la desnaturalización y relocalización de pueblos, muchas veces en forma de asentamientos biétnicos o multiétnicos. Esta estrategia tan drástica produjo efectos nocivos para el propio sistema de relaciones de producción colonial. El indio, fuera de su comunidad, debió mostrar un bajo rendimiento en el trabajo y esto afectaba los intereses de los encomenderos. A su vez, por el momento, era impensable un cambio neto en las relaciones de producción, transformándolo en asalariado. Esto no encuadraba en el esquema colonizador regional, y menos aun en el indígena.

El principal efecto de las desnaturalizaciones fue el de lesionar las bases culturales, territoriales y políticas de la comunidad. Los jefes étnicos serán reemplazados por "articuladores", cuya legitimidad, en el mejor de los casos, es dudosa. Prueba de esto son algunos casos que hemos estudiado, como el de los malfines y andalgalá reinstalados en el Guaco, provincia de La Rioja (Lorandi y Sosa Miatello, 1986) y el pleito contra Utisa Maya, mencionado por Montes, que involucra a los mismos indios durante su primer traslado a Córdoba (Montes, 1959). Es por todo esto que, durante el siglo XVIII, no se producirán nuevas rebeliones. En especial porque las desnaturalizaciones y recomposición de comunidades es aún mucho más masiva y cruel al terminar la guerra en los años 1659 y 1664. La comunidad fracturada no habrá tenido tiempo de reconstruir una conciencia colectiva, legitimada en derechos aceptados y compartidos, menos aún una conciencia de clase. No debemos olvidar en este sentido que continúan siendo considerados como *indios* que, por lo tanto, formaban el estamento tributario de la sociedad. Lo cierto es que es muy difícil lograr cohesión cultural como para reconstruir la conciencia colectiva sobre la pertinencia y legitimidad de las relaciones entre los distintos miembros de un conjunto de población que debió aprender a entablar nuevos lazos de solidaridad, sobre bases diferentes a las tradicionales.

Si comparamos esta situación con la que se registra por ejemplo en Ecuador en el siglo XVIII, veremos que los pequeños levantamientos, en general, muestran la disyunción entre las poblaciones y los caciques, porque éstos han

podido participar de las opciones mercantiles del sistema colonial (Moreno Yáñez, 1978: 33 y 351). En lo que fue la frontera norte del antiguo Tawantinsuyu, el sistema colonial, tuvo, como en el Alto Perú, características tales que permitió la sobrevivencia y hasta el fortalecimiento de las comunidades étnicas. Moreno Yáñez sostiene que a fines del siglo XVIII, "gran parte de la población indígena estaba todavía congregada en agrupaciones vinculadas a un terreno comunal, sujetos a comunidades étnicas y denominadas ayllus..." (op. cit.: 339). Además, estos *curacas* eran "terratenientes con derecho a utilizar mitayos en la labranza de sus campos, realizaban transacciones con los españoles y se aprovechaban de parte de las ganancias producidas por los obrajes de comunidad (op. cit.: 340). Casos similares se pueden registrar en diversas zonas de Perú y Alto Perú (Stern, 1981). No hay duda de que la situación descrita es diferente a la nuestra. En las zonas del noroeste argentino que entraron efectivamente bajo el dominio español, ningún curaca conservaba poder para intentar estrategias adaptativas de este tipo. Si como dice Nelson Reed, el indígena termina por aceptar lo que no puede impedir (Reed, 1979: 72), nosotros podemos agregar que los diaguitas terminan por rechazar lo que no encuentran manera de aceptar o forma coherente de estructurarlo dentro de su propia realidad. Por eso, la rebelión que pudo ser finalmente sofocada en 1643, se prolongó por más de 10 años, poniendo en peligro a todo el Tucumán.

#### EL EPISODIO BOHORQUEZ: ¿AVENTURA O MESIANISMO?

Después de varios años de resignada calma, la entrada de Pedro Bohorquez al valle Calchaquí complica notablemente la situación. Nos proponemos analizar este episodio desde la doble perspectiva del español y de los indígenas. Al mismo tiempo, discutiremos el "fenómeno" Bohorquez como líder de la rebelión.

Era evidente que la situación del Valle era insostenible en el contexto tucumano. El fracaso de los gobernadores Albornoz y Cabrera para incorporar a los indios al sistema productivo resultaba bochornoso y muy, pero muy difícil de explicar ante las autoridades virreynales. Ya habían transcurrido más de 100 años de frustraciones consecutivas.

La llegada de Bohorquez altera aún más la situación. Desde el punto de vista español, la presencia de uno de ellos en el valle aumentaba los riesgos. Pero la tentación de utilizarlo para obtener primero la información sobre las minas y tesoros envileció las conciencias.

Cabe preguntarse si Bohorquez hubiera tenido éxito en el caso de que los españoles no hubiesen estado dominados por esos sentimientos ambiguos, mezcla de temor y ambición, que hicieron crecer su figura más allá de sus propias limitaciones. La lectura de los documentos de la época sugieren que Bohorquez, como líder, es más bien una "creación" española que una realidad. El error de Mercado y Villacorta fue el de desplazar el foco del peligro y concentrarlo en la figura de este aventurero y, al mismo tiempo, evaluar incorrectamente la voluntad de resistencia de los nativos. La experiencia histó-

rica debió prever lo que luego fue evidente: que una vez expulsado Pedro Bohorquez del Valle, la resistencia no se agotaría y que fueron necesarias dos cruentas campañas para dar un final definitivo al problema que tanto los había desvelado.

Sin duda un español convertido en falso Inca debió parecerles el principio del fin. Nadie percibió que, tal vez, la mayor debilidad de Bohorquez no consistió en el doble juego que pretendía hacer, engañando tanto a blancos como a indios, sino en verdad, en su falsa condición de Inca.

La usurpación del título de Inca con fines políticos se repetirá más tarde en el Perú (Chassin y Danzin, 1981: 21). Entre otros casos debemos citar el de Juan José Castelli, secretario de la Primera Junta de Buenos Aires en 1810, que repetirá la experiencia con el objeto de unir a los indios en los movimientos independentistas. Su fama de Inca llega hasta el centro del Perú, durante la rebelión de Huánuco en 1812 (op. cit.: 22-23). Ya hemos expresado nuestra opinión en este tema. Si la experiencia de los calchaquíes para rechazar el dominio hispano se basa en las consecuencias de la anterior experiencia incaica, ¿por qué creer que la figura del Inca sería el motor de un nuevo levantamiento general? A este argumento se le puede oponer que el tiempo transcurrido había diluido la memoria sobre esos hechos. Pero no es así. El misionero jesuita, Padre León, en una singular carta al feudatario Pedraza, recupera el dato sobre las caravanas que llevaban el oro para el Inca y que se encontraron con los hombres de Diego de Almagro en 1534. Del mismo modo, se habla de las huacas del Inca, de la Casa blanca y de otros probables tesoros de ese origen ocultos en el valle<sup>13</sup>.

Es indudable que tanto Bohorquez como los gobernadores, que recién llegaban del Perú, no podían comprender las peculiares circunstancias del Valle. Ellos sabían que en los Andes Centrales, la figura del Inca vencido había sido recuperada después del fracaso de la estrategia de pasar por "indios amigos" y de esa forma la utilizaban para insertarse en la estructura colonial. Con el mito de Inkarrí se fundará más adelante la legitimación de los derechos ancestrales de los indios a ser dueños de su tierra y de su destino. El Inca Tupac Amaru, ejecutado en el Cuzco en 1572, volvería alguna vez a encabezar la liberación de los indios. Es fácil comprender, entonces, que una falsa evaluación del contexto ideológico del Tucumán aborigen hiciera creer a Bohorquez y, a la vez, temer al resto de los españoles, que su revitalización como símbolo de poder tendría posibilidades de germinar en estas latitudes.

Pero hay en nuestra historia un punto que no puede ser ignorado. La reivindicación de la figura del Inca no es parte de un proceso interno de la población nativa del valle Calchaquí. No se genera en su seno, sino que llega desde afuera. A todas luces es un *fenómeno totalmente artificial*, que por su misma naturaleza define y condiciona los acontecimientos posteriores.

Veamos por parte. En primer lugar los indios no creyeron totalmente en la

<sup>13</sup>Carta del Padre León. En: Autos del proceso a Bohorquez. ACI, Charcas 58. Copia. Inst. Ravigni, Fac. Filosofía. Univ. de Buenos Aires.

historia de Bohorquez. Consultaron a los padres misioneros y fueron ellos, que también entraron en el juego de los intereses mezquinos, tras el oro tan buscado<sup>14</sup>, que los alentaron a creer que Bohorquez representaba a la antigua dinastía cuzqueña.

Sin embargo, la condición de aventurero de Pedro Bohorquez no era fácil ocultar a pesar de su relativo carisma. Carisma que le permitió organizar el fantástico encuentro en Pomán con el Gobernador, con sus ribetes teatrales, pero que tuvo magros resultados para las autoridades y para los indios, porque Bohorquez, en realidad, sólo aspiraba a formar su propio “señorío”. Así se deduce de sus andanzas en Perú (Piossek Prebisch, 1976). Pretendía poner a los indios al servicio de sus intereses personales y no ponerse él al servicio de la causa común. Esta contradicción fue nefasta para ambos proyectos, el suyo propio y el de las poblaciones del valle Calchaquí.

Todos los *curacas* del Valle y sus indios acompañaron a Bohorquez a Pomán, con excepción de algunas parcialidades de paciocas (que lo habían albergado) y de los pulares. Pero por las características del encuentro, el enrolamiento de los indios en ese viaje, obedece más bien al interés de lograr una paz duradera. Bohorquez es visto por los nativos como el parlamentario o articulador capaz de negociar un *statu quo* definitivo que, a cambio de algunas posibles prestaciones, les permitiera conservar la autonomía tan celosamente custodiada hasta ese momento. No debemos olvidar que los asentamientos hispánicos representaban para ellos una amenaza permanente, puesto que nunca se había abandonado la intención de apoderarse del Valle y que poco antes, y al momento de la llegada de Bohorquez, se preparaba una invasión general, que temían que se realizase en forma inmediata. Los indios conservaban intacta su conciencia autónoma, y continuaban teniendo en claro que su destino se ligaba, inexorablemente, a la preservación de una amplia cuota de libertad en la toma de decisiones en todos los niveles de la vida social. El viaje a Pomán fue una estrategia imaginada para negociar sin perder el poder y se realiza, precisamente, para alcanzar este objetivo puntual. No obstante, el relato acerca del encuentro en Pomán revela que el secreto y la ambigüedad de las tratativas crean un ambiente de incertidumbre que envuelve a todos los participantes.

Existe la tentación de ver en Bohorquez a un potencial mesías. En realidad, un movimiento mesiánico se funda primordialmente en un convencimiento profundo de la misión que debe cumplir quien se erige en profeta. Debe creer en su destino providencial, y no puede jugar con la voluntad de sus adeptos para arrastrarlos tras objetivos privados y mezquinos. El mensaje mesiánico tiene características singulares que, por lo demás, son bien conocidas.

Marc Augé sostiene que “una visión únicamente política no es jamás mesiánica porque no contempla la promesa de reivindicación individual”. Y continúa “el profeta no es un político ni un misionero. Habla al individuo de su desgracia individual, de su desorden interno, de esta forma le habla del orden

<sup>14</sup>Ibidem.

social" (1977: 141). En nuestro caso, debemos tener presente que los indios Valle *no estaban oprimidos*. Un ejemplo de esto lo hallaremos en la carta del Padre Torreblanca, cuando consigna la respuesta de los de Calchaquí ante la invitación de sus vecinos del sur para levantarse y atacar las ciudades hispanas:

"llegaron a Calchaquí y con esta mala levadura acabó de inficcionar el Valle: de suerte que [los del sur] decían que los agravios y agresiones en que los españoles los tenían la fuerza de los hilados en que sus mujeres estaban, sin libertad, los obligaba a salir de sus tierras y venirse a las suyas y que tomasen las armas para conseguir liberarse de este yugo. Muchos de los indios de Calchaquí les respondieron que ellos no tenían opresión, sino que estaban exentos y que ellos oprimidos las tomasen" (Torreblanca, fl. 377, Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, Colecc. De Ángelis).

Como vemos, la situación dentro y fuera del Valle era diametralmente opuesta. Por otro lado, no hay duda de que el contexto mesiánico necesita varios componentes que están ausentes en este caso. 1) La cristianización no se había producido en el Valle, como lo revela otra carta del Padre Torreblanca (Larrouy, 1923). Todos los autores proponen que esta condición es necesaria para la existencia de movimientos mesiánicos en esta época, dado que las propuestas religiosas tienen carácter sincrético. 2) Si bien carecemos de muchos datos, por el momento no hemos registrado mitos relativos a movimientos cíclicos y reapariciones de dioses o héroe que sirvieran de base para conformar este sincretismo o sostener el movimiento como en el caso del Taky Onkoy en Perú central. 3) Todos los autores admiten que los movimientos mesiánicos se desarrollan en una sociedad desencantada y oprimida. El desasosiego individual y colectivo y la promesa de un paraíso, a la vez celeste y terrenal, son componentes recurrentes en este tipo de fenómenos socioreligiosos (La Faye, 1984; Pereira de Queiroz, 1969; Puech, 1982; Hobsbun, 1974).

En el plano de lo inmediato, ya hemos dicho que al momento de la llegada de Pedro Bohorquez la sociedad vallista estaba en paz. Cultivaban sus campos, pastaban sus rebaños, adoraban a sus propios dioses, cuidaban de la memoria de sus ancestros. El peligro estaba *afuera* y no adentro de sus fronteras. Es más, después de la derrota general de los años 1630-1643, no mostraron interés en eliminar al enemigo, a condición de que se los dejara en paz en sus tierras. Pretendían, eso sí, un *statu quo* basado en una evaluación realista de sus respectivas fuerzas. Menos aún podemos pensar que tenían intenciones de expansión, tratando de reconstruir un antiguo imperio cuyo dominio, y tal vez memoria, ellos execraban. Los viajes que Pedro Bohorquez realiza a Catamarca y La Rioja (posteriores al encuentro en Pomán) con el objeto de reclutar adeptos, producen efectos muy limitados. Ésta es otra prueba de su carácter ambiguo. Lo siguen Luis Enríquez, mestizo y sus hombres, más bien porque siente que Bohorquez es un buen socio para su resentimiento étnico y social

que porque haya sido seducido por sus condiciones carismáticas<sup>15</sup>. Si el mensaje de Bohorquez hubiera tenido contenido mesiánico, la clientela potencial debió estar precisamente fuera del Valle, entre los oprimidos, según la expresión de Torreblanca que citamos más arriba. Allí se había producido también las desnaturalizaciones, la desestructuración de las comunidades, la rearticulación en nuevos asentamientos multiétnicos. Allí estaban los individuos que sentían un profundo desorden interno, los que se vieron obligados a abandonar su antigua religión sin comprender ni incorporar la nueva que se les imponía por la dura fuerza. Es en estas zonas donde mayor éxito debió tener un mensaje de carácter mesiánico. Pero no fue así. Las declaraciones del *curaca* Aballay, cuando fue interrogado sobre las intenciones manifestadas por Bohorquez en su viaje secreto por Catamarca, aun deformadas por los intereses de las autoridades, no trasuntan en ningún momento que se sintieran atraídos hacia él por sus condiciones proféticas<sup>16</sup>. Por el contrario, el falso Inca los invita a huir del oprobio y a refugiarse en el Valle, para, desde allí, atacar todos juntos a las ciudades y recuperar el poder. Es un mensaje aparentemente político, pero emitido por alguien que comprende sólo parcialmente a la sociedad local y a quien le resulta difícil disimular sus intereses personales.

En suma, por todo lo que hemos expresado hasta el momento, la tesis que planteamos aquí es que, sin la intervención hispana, tendiente a manipular al falso Inca, éste hubiera sido un episodio anecdótico, sin consecuencias ulteriores. Fue el miedo de los españoles lo que encendió la chispa que los lanzó al ataque final. Pero es muy improbable que esta presencia extraña en el seno del Valle hubiera logrado sus objetivos de convocar a una rebelión general, contando tan sólo con sus propias dotes carismáticas. Es evidente que el objetivo personal de Bohorquez encuentra muchos obstáculos. No logra las alianzas necesarias, ni dentro ni fuera del Valle. La batalla del cerro San Bernardo, que culminará en derrota y con su salida hacia Lima, después de largas negociaciones, se produce dentro de una estrategia defensiva, de preservación de la supervivencia de la población dentro del territorio original. Es probable que al entregar a Bohorquez, los indios hayan concebido esta acción como un fusible político para obtener la paz.

La prueba de ello se encuentra en los mismos Autos del proceso. La estrategia de los habitantes del Valle ante los ataques de las tropas del gobernador, es netamente defensiva. Revitalizan sus prácticas de ofrecer la paz y luego refugiarse al abrigo de sus fortalezas y sus cerros. Y la táctica de encerrar a las dos columnas de soldados, la del sur comandada por Francisco de Nieva y Castilla y la del norte a cargo de Mercado y Villacorta, con el propósito de atacarlos a todos juntos, parece pergeñada por Enríquez, con mayor experiencia en las

<sup>15</sup>Luis Enríque es hijo de un poblero español, condenado por abusos en el trabajo de los indígenas y violaciones reiteradas (Rodríguez Molas, 1985: 211).

<sup>16</sup>Cacique Aballay, declaraciones en Autos del Proceso a Bohorquez, AGI, Charcas 58.

tácticas hispanas. Pero cualquiera sea el caso, todos los combates tienen por objetivo expulsar a los invasores del Valle, pero no hay aprestos para trascender sus fronteras y avanzar sobre las ciudades. Antes de la salida definitiva de Bohorquez, hay un intento contra San Miguel que no se concreta, y ataques a las estancias. Pero los pobladores que se encuentran en las áreas bajo control español no colaboran con la población de Calchaquí para ampliar el escenario de la guerra.

En resumen, no hay duda de que se trata de una política de fronteras adentro, y ya no de expulsión total de la región. Menos aún, lo repetimos, de una expansión Imperial como tal vez lo pretendía el falso Inca. Si nunca hubo una estructura política que unificase todo el Valle bajo un dominio o jefatura local única, ya sea porque los Incas la hubiesen desarmado, menos aun parece posible que hubiera podido conformarse bajo presión colonial. Los datos son claros en este sentido. Y es evidente que una gran formación estatal hubiera necesitado primero vencer las fronteras y conflictos internos, e integrar a todos los grupos étnicos del Valle bajo una conducción centralizada, más allá de la mera confederación para la guerra. Se necesita un sistema complejo de tributación y redistribución. El consenso o el efecto de la compulsión, deben manifestarse en aspectos distintos a los de la guerra o el ritual. Deben interesar los aspectos de la vida social y económica de modo tal que se transforme en una estructura estable y armónicamente articulada. Nada de esto existía durante la colonia en el ámbito del valle Calchaquí a nivel de todo su espacio territorial. Por el contrario, cada unidad disfrutaba de autonomía política y posiblemente económica, si exceptuamos los casos de forasteros que pudieron tener relaciones de dependencia con algunos de los originarios. Los liderazgos más amplios se limitaban a convocar para la defensa ante el enemigo común. Ahora bien, es probable que a la llegada de Bohorquez, el liderazgo de los paciocas haya estado debilitado. El cacique Pivanti, que se alía directamente con Bohorquez, no es homologable a Juan Calchaquí. Nadie dice de él: "lo tienen por guaca", como se decía del viejo *curaca*. Por ello la figura del aventurero adquiere dimensión inusitada. Pudo ser el líder que les estaba faltando a los indios, al menos visto desde la óptica de las autoridades coloniales.

... ¿Sentían lo mismo los indios? Podemos pensar, imaginar en verdad, que percibían que su impulso se debilitaba al mismo tiempo que el de los españoles crecía. Ahora bien, todo esto es no sólo especulativo, sino también relativo, aun a la luz de la información disponible. Bohorquez fracasa en su intento de convocatoria general. No todos los jefes aceptan la "flecha de guerra". Las alianzas entre ellos y Bohorquez (a pesar de sus múltiples casamientos tendientes a consolidarlas) continúan siendo inestables. Visto en conjunto, todo confirma la sospecha de que los indios sólo aspiraban a permanecer en el Valle y eludir las prestaciones tributarias. Es más, por las informaciones levantadas a raíz de los viajes de Bohorquez al sur, es probable que los calchaquíes hayan comenzado a probar estrategias de interacción con los europeos, con la pretensión de incorporarse al sistema económico sin perder autonomía. Dicho en otros términos, controlar su propio proceso de aculturación. Pero no pudieron

lograrlo porque el empecinamiento de Bohorquez llevó el conflicto a un punto sin retorno.

## RÉQUIEM PARA UNA NACIÓN

La dura resistencia opuesta por los quilmes, que habitaban el centro del valle Calchaquí, les hizo merecedores del castigo mayor. Fueron enviados a las proximidades del puerto de Buenos Aires. El último gesto de este pueblo antes de partir para su ignoto destino fue hacer un sacrificio a sus cerros y a sus ancestros. Gesto dramático que revela la angustia ante la falta de porvenir. El adiós a la tierra fue para muchos el último acto que los unía a su identidad. Después, nada, sólo una débil y efímera adaptación a las pampas bonaerenses, hasta diluirse sin nombre en un discurrir agónico y sin futuro. Y para los otros, ¿qué? Aquellos que quedaban en los cerros y los valles de Catamarca, Tucumán, La Rioja o Jujuy. Abatida la última esperanza de reconquistar la libertad, ¿qué les restaba por hacer? Sólo resignarse, cada uno en la soledad de su destino amargo.

## BIBLIOGRAFÍA

- AUGE, M.: *Pouvoir de vie, pouvoir de mort*. Flammarion, Paris.  
1977
- CHASSIM, J. et M. DAUZIER: "La participación des Indiennes au mouvement d'Independance; le soulèvement de Huánuco, Pérou en 1812". En: *Cahiers des Amériques Latines*, 23: 7-46.  
1981  
Institute des Hautes Etudes de l'Amérique Latine. Paris.
- HOBBSAWM, E.: *Rebeldes Primitivos*. Ed. Ariel. Barcelona.  
1968
- LA FAYE, J.: *Mesías, cruzados, utopías. El judeo-cristianismo en las sociedades ibéricas*. F.C.E. México.  
1984
- LARROUY, A.: *Documentos del Archivo de Indias para la historia del Tucumán*. Buenos Aires.  
1923
- LEVILLER, R.: *La Audiencia de Charcas. Correspondencia de Presidentes y Oidores*. Documentos del  
1918 Archivo de Indias, 3 tomos. Madrid.  
1919-20 *La Gobernación del Tucumán. Probanzas de Méritos y Servicios de los conquistadores*.  
Documentos del Archivo de Indias, 2 tomos (1583-1620). Madrid.  
1926 *Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán*. 3 tomos. Madrid.
- LEWELLET, T.: *Introducción a la Antropología Política*. Ed. Bellaterra. Barcelona.  
1985
- LORANDI, A.M.: "La frontera oriental del Tawantinsuyu. Una hipótesis de trabajo". En *Relaciones de*  
1980 *la Sociedad Argentina de Antropología*, xiv. Buenos Aires.  
1983 "Mitayos y mitmakuna en el Tawantinsuyu Meridional". En *Histórica*, II (1): 3-50.  
Lima.  
1984 "Soñocamayoc. Los olleros del Inca". En: *Revista del Museo de La Plata*. n.s. VIII,  
Antrop. 62: 303-326. La Plata.  
1985 "Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto". En *Actas del 45*  
*Congreso Internacional de Americanistas*. Bogotá (en prensa).
- LORANDI, A.M. Y R. BOIXADOS: *Etnohistoria de los Valles Calchaquíes. Siglos XVI-XVII*. m.s.  
1987

- LORANDI, A.M. y S. SOSA MIATELLO: "El precio de la libertad. Traslados de los malfines y andalgalá en el siglo XVII". En *Trabajos del Instituto de Ciencias Antropológicas, serie Etnohistórica*. 1 (en prensa).  
1986
- LOZANO, P.: *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Buenos Aires.  
1874
- MONTES, A.: "El Gran Alzamiento Diaguita (1630-1643)". En: *Revista del Instituto de Antropología*, 1: 81-159. Facultad de Filosofía y Letras. Univ. del Litoral. Rosario.  
1959
- MORENO YÁÑEZ, S.: *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito*. Ed. Univ. Católica de Quito.  
1978
- PEREIRA DE QUEIROZ, M.I.: *Historia y etnología de los movimientos mesiánicos*. Siglo XXI. México.  
1969
- PIOSSEK PREBICH, T.: *El Inca del Tucumán*. Ed. Juárez. Buenos Aires.  
1976
- 1984 *Relación Histórica de Calchaquí*. Escrita por el misionero jesuita Padre Hernando de Torreblanca en 1696. Versión modernizada, notas y mapas de... Edic. Culturales Argentinas. Buenos Aires.
- PUECH, H.CH.: *Movimientos religiosos derivados de la aculturación*. Siglo XXI. México.  
1982
- REED, N.: *La guerra de las castas en Yucatán*. Biblioteca Era. 3ª ed. México.  
1979
- RODRÍGUEZ MOLAS, R.: *Los sometidos de la Conquista*. Centro Editor de América Latina. Bs. Aires.  
1985
- STERN, S.: "The rise and fall of indian-white alliance: a regional view of 'Conquist' ". En: *The Hispanic American Historical Review*, 6(3). Agosto.  
1981
- 1982 "The social significance of Judicial Institution in an Exploitative Society: Huamanga, Perú, 1570-1640". En Collier et al. eds. *The Inca and Aztec States 1400-1800*. Academic Press. New York.
- SZEMINSKI, J.: *La utopía tupamarista*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.  
1984